

TEXTO

Andrés, por las tardes, visitaba a su tío Iturrioz. Se lo encontraba casi siempre en su azotea leyendo o mirando las maniobras de una abeja solitaria o de una araña.

—Ésta es la azotea de Epicuro —decía Andrés riendo.

Muchas veces tío y sobrino discutieron largamente. Sobre todo, los planes ulteriores de Andrés fueron los más debatidos.

Un día la discusión fue más larga y más completa:

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Iturrioz.

—¡Yo! Probablemente tendré que ir a un pueblo de médico.

—Veo que no te hace gracia la perspectiva.

—No; la verdad. A mí hay cosas de la carrera que me gustan; pero la práctica, no. Si pudiese entrar en un laboratorio de fisiología, creo que trabajaría con entusiasmo.

—¿En un laboratorio de fisiología! ¡Si los hubiera en España!

—¡Ah, claro!, si los hubiera.

Además no tengo preparación científica. Se estudia de mala manera.

—En mi tiempo pasaba lo mismo —dijo Iturrioz—. Los profesores no sirven más que para el embrutecimiento metódico de la juventud estudiosa. Es natural. El español todavía no sabe enseñar; es demasiado fanático, demasiado vago y casi siempre demasiado farsante. Los profesores no tienen más finalidad que cobrar su sueldo y luego pescar pensiones para pasar el verano.

—Además falta disciplina.

—Y otras muchas cosas. Pero, bueno, ¿tú qué vas a hacer? ¿No te entusiasma visitar?

—No.

—¿Y entonces qué plan tienes?

—¿Plan personal? Ninguno.

—Demonio. ¿Tan pobre estás de proyectos?

—Sí, tengo uno; vivir con el máximo de independencia. En España en general no se paga el trabajo, sino la sumisión. Yo quisiera vivir del trabajo, no del favor.

—Es difícil. ¿Y como plan filosófico? ¿Sigues en tus buceamientos?

—Sí. Yo busco una filosofía que sea primeramente una cosmogonía, una hipótesis racional de la formación del mundo; después, una explicación biológica del origen de la vida y del hombre.

—Dudo mucho que la encuentres. Tú quieres una síntesis que complete la cosmología y la biología; una explicación del Universo físico y moral. ¿No es eso?

—Sí.

—¿Y en dónde has ido a buscar esa síntesis?

—Pues en Kant, y en Schopenhauer sobre todo.

Pío Baroja: *El árbol de la ciencia*. Cuarta parte. Cap. I

LOCALIZACIÓN

El texto es un fragmento de la novela *El árbol de la ciencia*, del escritor español Pío Baroja (1872-1956). Baroja estudió medicina, aunque ejerció durante poco tiempo la profesión, pues se sintió atraído por la literatura, ámbito en el que destacó.

Es uno de los miembros más destacados de la conocida como “Generación del 98”, un grupo de escritores que manifestaron en sus obras la profunda crisis que vivió España a raíz del llamado “desastre de 1898”, con la pérdida de las últimas colonias de ultramar.

Dentro de este grupo, Baroja destaca por su labor como novelista, con una amplia lista de obras en las que aborda desde temas sociales hasta preocupaciones existenciales y relatos de aventuras. Algunos de sus títulos destacados son: *Camino de perfección*, la trilogía “La lucha por la vida” (formada por *La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*), *Zalacaín el aventurero*, *Las inquietudes de Shanti Andía...*

El árbol de la ciencia es, tal vez, su novela más filosófica. En ella se narra la vida de Andrés Hurtado, un joven estudiante de medicina que, tras terminar sus estudios, ejerce la profesión sin demasiada vocación (como le ocurrió al propio autor). Andrés no deja de analizar el mundo que le rodea y de hacerse preguntas desde una perspectiva filosófica. Su interlocutor ideal para estas cuestiones es su tío Iturrioz, al que visita con frecuencia.

Precisamente, el texto que comentamos pertenece a la cuarta parte, titulada “Inquisiciones”, al capítulo I, que recoge una larga conversación de tono filosófico entre Andrés e Iturrioz.

TEMA Y ORGANIZACIÓN DE LAS IDEAS

El tema de este fragmento de diálogo puede ser enunciado como el de los planes, tanto profesionales como filosóficos que Andrés Hurtado revela a su tío Iturrioz. Junto a ello, destaca una crítica mordaz al atraso español en lo que a ciencia e investigación se refiere. Formalmente, podemos dividir el texto en dos partes:

1ª parte: Desde el comienzo hasta “...más completa” En ella se hace uso de la narración, en la que se introduce una intervención de Andrés que no forma parte propiamente de un diálogo, sino que podemos considerarla habitual (“-Esta es la azotea de Epicuro, decía Andrés riendo”), ya que entendemos que se trata de una frase que Andrés solía decir cuando visitaba la terraza de su tío. El narrador, desde su posición omnisciente, anticipa lo larga y completa que va a ser en esta ocasión la conversación, y resume el tema de la misma: “los planes ulteriores de Andrés”.

2ª parte: Desde “-¿Qué piensas hacer?” hasta el final. En ella se desarrolla el diálogo entre ambos personajes. Atendiendo a los asuntos que se tratan en el mismo, cabe hacer a su vez una subdivisión:

2.1.: Hasta “...vivir del trabajo, no del favor”. En estas primeras intervenciones, Iturrioz interroga a su sobrino sobre sus intenciones profesionales y aflora la crítica a la lamentable situación en que se encuentran la ciencia y la investigación en España.

2.2.: Desde “Es difícil” hasta el final. Comienzan a esbozarse las inquietudes intelectuales y filosóficas de Andrés. Éste busca una explicación convincente del mundo que nos rodea y se apoya para ello en los alemanes Kant y Shopenhauer, mientras su tío se muestra escéptico sobre sus posibilidades de éxito.



RESUMEN

El texto ofrece el comienzo de un largo diálogo que mantiene el protagonista del libro, Andrés Hurtado, con su tío Iturrioz, que forma la parte central del mismo y en el que se desarrollan sus principales argumentos filosóficos. En él, Iturrioz pregunta a Andrés por sus planes profesionales, -lo que aprovechan ambos para criticar ácidamente la triste situación en que se encuentran la ciencia y la investigación en España- y por sus planes filosóficos, a lo que Andrés responde que busca en Kant y en Shopenhauer una hipótesis válida sobre la formación del mundo y sobre el origen de la vida y del hombre.

COMENTARIO CRÍTICO

Este fragmento está extraído del primero de los cinco capítulos que forman la parte central de *El Árbol de la Ciencia*, titulada genéricamente “Inquisiciones”. Radicalmente diferente del resto de la novela, esta parte descansa casi exclusivamente en el uso del diálogo en estilo directo, con pocas intervenciones del narrador, quien cede la palabra a los personajes. Se trata de un intermedio reflexivo cuyo interés es capital para bucear en las inquietudes filosóficas del protagonista y para ilustrar la concepción de la vida y el mundo del propio Baroja.

Pronto queda patente en el texto que vamos a asistir a la charla protagonizada por dos solitarios, por dos seres de excepcionales dotes para la reflexión y el análisis, sobre los que descansará todo el jugo filosófico de la novela. Iturrioz está solo en su azotea, abstraído en la lectura o en cualquier otra actividad como analizar el comportamiento de los insectos. Allí acude Andrés a su encuentro, ávido de conversación con fundamento. Es un lugar apartado y agradable en el que tío y sobrino pueden dar rienda suelta a sus inquietudes existenciales. De ahí la broma que Andrés solía hacer definiendo aquel sitio como “la azotea de Epicuro” (recordemos que Epicuro es un filósofo griego, creador de una escuela llamada “El Jardín de Epicuro” y cuya filosofía es un arte de la vida encaminada a evitar el dolor y a buscar el placer). Esta referencia a Epicuro anticipa la fijación que siente Andrés por la filosofía en estos momentos de su vida y que tan largamente va a desarrollar en las páginas posteriores. Como ya hemos señalado, en toda esta parte, y por supuesto también en este fragmento, domina el diálogo, que Baroja maneja con gran maestría, consiguiendo en todo momento transmitir la sensación de la autenticidad conversacional.

La perspectiva laboral de tener que ir a un pueblo a ejercer como médico, en absoluto seduce a Andrés. Es lo lógico, si tenemos en cuenta el carácter escéptico y desengañado del protagonista con respecto a todas las cosas del mundo que lo rodea, y el aspecto profesional no podía ser menos. Sin embargo, sí que manifiesta la posibilidad de que algo pudiera entusiasmarle: trabajar en un laboratorio de fisiología, es decir, dedicarse no a la práctica médica, sino a la investigación. Pero el entusiasmo pocas opciones tiene en esta novela. Esa posibilidad remota queda desbaratada cuando ambos interlocutores analizan la penosa situación que en esta materia, como en tantas otras, presenta nuestro país.

Surge así en el texto el tema de España, tan habitual en los escritores de la Generación del 98. Baroja siempre lo afronta desde una perspectiva pesimista y hasta desoladora, como podemos comprobar en este fragmento. Según Iturrioz, “el español todavía no sabe enseñar; es demasiado fanático, demasiado vago y casi siempre demasiado farsante”. Y Según Andrés “En España en general no se paga el trabajo, sino la sumisión”. Ambos personajes transmiten

una idea de España en perfecta consonancia con la profunda crisis que a este respecto se vivió entre los escritores de esta generación. La decadencia política, económica y cultural del país se agudizó con el llamado “Desastre” del 98 (pérdida de las últimas colonias de ultramar), y esa frustración, ese pesimismo, esa sensación de inferioridad con respecto a Europa aflora por doquier en las páginas escritas durante esos años. En este sentido, Baroja es particularmente ácido en sus críticas y así lo podemos corroborar en las opiniones referidas. Pero no es menos cierto que tanto en Baroja como en otros autores podemos comprobar que se trata de una crítica construida sobre la base del dolor que se siente por aquello que se ama y que se ve en decadencia. Este tipo de críticas, tan descarnadas y aparentemente crueles, han servido de base sobre la que muchos han construido a lo largo de todo el siglo su sueño de una España mejor y es así como han de ser valoradas, y en ningún caso como opiniones de “malos españoles” o “antiespañoles” como en tantos casos se ha llamado a todo el que ha levantado su voz crítica con respecto a la situación de nuestro país.

En lo que respecta al plan filosófico de Andrés, en el texto apenas tenemos un apunte de sus inquietudes: su necesidad más inmediata es encajar sus análisis, las experiencias vividas, tan desagradables y descorazonadoras, en una hipótesis válida que explique el origen del mundo y el comportamiento humano. “Una explicación del Universo físico y moral” resume perfectamente Iturrioz. Para ello, Andrés busca el apoyo nada menos que de Kant y de Shopenhauer. Uno lo va a convencer de que los postulados de la religión son indemostrables y el otro le ofrece una interpretación de la vida profundamente pesimista, en consonancia con el Existencialismo, corriente filosófica que se dio en Europa en estos primeros años del siglo XX. Arrasados los postulados metafísicos e idealistas, Andrés se preguntará qué sentido puede tener la vida, qué hacer con ella, cómo dirigirla. Las únicas soluciones que aparecen como válidas a lo largo del libro serán la abstención (ataraxia) o, como mucho, la acción reducida a un círculo pequeño.

Se trata de un fragmento que pone de manifiesto la maestría del autor en el uso del diálogo, así como la importancia de los contenidos en la obra del novelista vasco. Baroja, inconformista, iconoclasta y radical, es contundente cuando aborda el tema de España en su obra, y aquí lo podemos comprobar. Su visión no puede ser más desoladora, aunque en este caso no hay mucho lugar para la discrepancia, ya que, desgraciadamente, el nivel tecnológico y científico de nuestro país en aquellos años era lamentable, y, en muchos aspectos, aún sigue muy por detrás del de otros países de nuestro entorno.

Con respecto al tema filosófico, encontramos a un personaje, Andrés Hurtado, que bien podría ser considerado un trasunto del propio autor, atrapado en las mismas búsquedas intelectuales y confinado en la misma abulia ante el mundo. Estas inquietudes, lejos de explicarse como consecuencia de determinadas circunstancias históricas, han agujoneado, y lo harán siempre, las mentes de las personas más curiosas. Es un peaje que tenemos que pagar por preguntarnos el porqué de las cosas, si bien no siempre habrá de llegarse a los extremos de angustia y pesimismo en que cayeron Andrés y su padre literario, Baroja.